

# MARTIN FIERRO



## ARTE PARA EL PUEBLO

EN EL ORFEÓN ESPAÑOL, PIEDRAS 534

VELADA TEATRAL

Organizada por el semanario "MARTIN FIERRO"

A BENEFICIO DE LA  
BIBLIOTECA POPULAR

El domingo 8 de Mayo a las 8 y media p. m.

### \* \* PROGRAMA \* \*

- 1.º Sinfonía.
- 2.º Conferencia sobre "El Teatro de Ideas," por **ALBERTO GHIRALDO**.
- 3.º **ESTRENO** de la comedia en tres actos y en prosa, original de **ALBERTO GHIRALDO** y que lleva por título:

# ALAS

### REPARTO:

Angélica.....	Srta. Alvarez	Carlos .....	Sr. Koss
Gertrud. Fierro	Sra. Robles	Mauricio.....	" Pocovi
Lola.....	Srta. Martinez	Pepito.....	" Roig
María Luisa...	" Alvarez	Caballero.....	" Padilla
Señora.....	" González	Camarero.....	" Celdeiro
Juanita.....	" Guerrero	Acompañante..	" Mendez
Oscar.....	Sr. Briebe	Criado.....	" Palaz

Cantor Popular: barítono Sr. F. Villanova

### PRECIOS

Palcos con 4 sillas..... Ps. 5.00  
Asientos de platea. .... » 1.00

Las localidades pueden adquirirse en la administración del periódico **MARTIN FIERRO**, Calle Lima 487, todos los días, y el día de la función en el local del "Orfeón Español", calle Piedras 534.

**"LA EXPOSICIÓN ARGENTINA"** *ALSINA 1640* \*  
\* *BUENOS AIRES*

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO *◇* CASA DE CONFIANZA



Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

1

CIGARRILLOS



**"TRES CORONAS"**



HABANOS

**G. San Germier**

POR CINCO PESOS *↘*

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquetitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. \*

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165 *◇* BUENOS AIRES

8

**AGENCIA RISSO**

ESMERALDA y CANGALLO

\* BUENOS AIRES \*

4

**I. Bonansea**

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

— « BUENOS AIRES » —

5

**Justino B. Lamarque**

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle ARTES núm. 543 BUENOS AIRES

15

**Pinturería y Ferreteria del Comercio**  
POR MAYOR Y MENOR

DE JOSUÉ BENZONI

Surtido general de Ferreteria, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES

6

**LOS OBREROS** Casa fundada  
\* en 1854 \*

— DE —  
**FEDERICO ROVEDA**

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

NOTA: Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

7

**SOCIEDAD ANÓNIMA DE PINTORES**

Se encarga de todo trabajo perteneciente al ramo de pinturería, como blanqueo, empapelado, decoración, letreros y avisos de propaganda. Dirigirse al administrador: E. Parada.

735 - CALLE DEFENSA - 735

14

**A. Franchi & Cia.**



Calle CUYO, 1121

**Introduutores**

DE

**Máquinas**

de Coser

**Velocípedos**

y Armas

DE

**Todas Clases**

Agentes de la acreditada máquina de coser

"SINGER"

8

# MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: Calle LIMA núm. 487

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 5 DE MAYO DE 1904

NÚM. 10

## LOS ÚLTIMOS CHARRÚAS

**N**o hubo entre los indígenas de América otra mas luchadora que la tribu charrúa, vecindada en medio territorio del Uruguay antes de ser empujada tierra adentro por los arriabucos de la conquista. Servíanle de sustento las aves del monte, el ayestruz de ancho tórax como coraza guerrera, los peces de las claras, dulces y frías corrientes y, en grado inferior, las hierbas y los frutos.

Como raza salvaje, no pudo eludir la influencia de la naturaleza preñada de misterios, la sensación enervante de las noches deliciosamente serenas, como en el principio del mundo, pero sorprende su falta de supersticiones groseras y es casi abstracto su culto de Tupá, el Dios bueno, amigo del día y de las estaciones felices.

Tenia el oído habituado a distinguir los rumores lejanos del rugir de las fieras, y el corazón como un oído atento al clamor de la lucha.

..

De esta nación salvaje, que dió caciques á los querandíes para derrotar á Don Diego de Mendoza, quedaban apenas 300 guerreros y el doble de chusma en 1832. Tres siglos de pelea llevaba la indiana recia y debía recordar como gloriosa tradición el vencimiento de Bernardarias y la figura del guerrero blanco, huyendo solitario en su corcel, después de haber visto caer á sus 500 guerreros en lid con el charrúa y en una sola acción.

Desde un principio la obscura tribu, que casi nunca tuviera mas de 1000 combatientes, había regado la tierra con su sangre, pero aunque también sirvió á la independencia, guerreando con portugueses y españoles, la nueva raza se sintió con enojo más de una vez, porque el indio de cuando en cuando le carneaba una vaca, ó pasaba cerca de las estancias, como sombra rojiza, camino de la selva, sin dañar al dueño de la tierra.

Así fué que los interesados, extranjeros, comerciantes y terratenientes, elevaron un pedido al General Rivera para que se alejara á los indios del país, enviándolos á la Patagonia ó á cualquier otra parte. Pero esta vez, un instinto brutal subió á la mente del caudillo y lo llevó á manchar para siempre su nombre rodeado de tantas claridades.

Diestro en celadas, el presidente Rivera fué á los indios, díoles cita en los montes del Queguay, de olas rumorosas, y, so pretexto de una alianza con ellos contra el imperio del Brasil, juntólos á todos como en una fiesta, y en medio de aparente fraternidad impartió á sus regimientos orden sigilosa de acuchillar á los indígenas.

Estos, que estaban inermes y rodeados por todas partes, atinaron todavía á defenderse antes de morir. A un cacique que tenia cuchillo se lo había pedido Rivera "pa picar tabaco", y cuando uno de aquellos hombres cobri-

zos acertó á pasar fugitivo por su lado, "¡Ah Frutos!" le gritó: Matando amigos! Matando hermanos! Y se alejó lo mismo que una fiera que busca el matorral.

..

Consumada la carnicería, el pequeño golpe de indios escapados á ella, llevando al frente á Napegá, se entregó á la venganza, talando los campos, cebando las moharras en la raza triunfante, dejando en pos de sí las lenguas de fuego del incendio, y constelaciones de chispas, como voceras de su paso. Iban los últimos charrúas, no como antes señores de la tierra, sino como serpientes silbadoras y enfurecidas. Los perseguía de cerca el bravo coronel Bernabé Rivera, hermano del primer presidente constitucional del país, y así acamparon en las costas del Yacaré.

Valiente, hábil y experimentado, parecióle fácil al coronel acometer al cacique Seepe, y seguido de 46 hombres de tropa le fué al encuentro al aclarar la mañana; pero ya los indios apenas se distinguían en el horizonte, transponiendo colinas, en una fuga rápida. Leguas y leguas anduvieron. Vadearon arroyos, escalaron cuchillas, dejaron atrás la línea oscura de los montes. Y el indio huía, huía, en una retirada sin fin. Unas veces como una larga sombra, ora formando abanico, abierto en alas, ora compacto haciendo retemblar la llanura al duro golpe de los cascos, llevando por cimera el áspero polvo del camino, iluminado por un sol de invierno.

En una de esas correrías, creyéndose victorioso, regresaba Rivera; á la distancia se distinguía al enemigo. Eran apenas unos puntos negros perdidos en la llanura. ¡Cuidado con el indio! había advertido el sargento Galiano; pero la reflexión parecía carecer de sentido.

..

De repente los puntos negros se agrandan; suena el potrero, se acercan al fin, y en un instante ¡instante terrible! mil alaridos pueblan la atmósfera, iluminada por un gran sol páido. La lanza del charrúa acomete con ferreos furores; no se piensa en huir por parte de Rivera, ni los caballos cansados lo permiten; se lucha cuerpo á cuerpo, pecho contra pecho, con desesperación enconada. En eso un gran indio acbmete al coronel y á cada golpe de maza grita: ¡Bernabé! ¡Bernabé! Un joven indígena llega en dos saltos y da tres golpes de boleadoras en la frente blanca del jefe enemigo. Ya están vengados los muertos charrúas! Horas después se alejan para siempre los indios de la tierra de su amor. Seepe delante. Las lanzas chorrean sangre.

VICTOR ARREGUIN.

## PREGUNTAS Y RESPUESTAS

Cual es la nación más tiránica? La Rusia, de la cual son dignas compañeras la Italia y la España.

Y la nación mas militar? La Alemania.

Y la nación mas artificial? La Francia.

Y la nación mas brutal? La Inglaterra.

Y la nación mas hipócrita? Los Estados Unidos.

Y la nación mas civilizada? Ninguna.

Tomé en casa el otro día  
Tan soberano peludo,  
Que hasta hoy, caballeros, dudo  
Si ando mamao todavía.  
Carenlen como sería  
La mamada que agarré,  
Que, sin más, me aseguré  
Que yo era el mismo Gobierno  
Y más leyes que un infierno  
Con la tranca decreté.

Gomitao y trompezando  
Del fogón pasé á la sala  
Con un garrote de tala  
Que era mi bastón de mando;  
Y medio tartamudiando  
A causa del aguardiente.  
Y con el pelo en la frente,  
Los ojos medios vidriosos,  
Y con los labios babosos  
Hablé del tenor siguiente:

"Paisanos: dende esta fecha  
El contingente concluyo;  
Cuide cada uno lo suyo  
Que es la cosa más derecha.  
No abandone su cosecha  
El gaucho que haiga sembrao;  
Deje que el que es hacendao  
Cuide las vacas que tiene,  
Que á él es á quien le conviene  
Asigurar su ganao."

"Vaya largando terreno,  
Sin mosquiar el ricachón,  
Capaz, de puro mamao,  
De mamar hasta con freno;

Pues no me parece güeno,  
Sino que por el contrario,  
Es injusto y albitrario  
Que tenga media campaña,  
Solo por que tuvo maña  
Para hacerse arrendatario."

"Si el pasto nace en el suelo  
Es porque Dios lo ordenó,  
Que para eso agua les dió  
A los fiublados del cielo.  
Dejen, pues, que al caramelo  
Le hinquemos todos el diente  
Y no andemos, tristemente,  
Sin tener en donde armar  
Un rancho para sestiar  
Cuando pica el sol ardiente."

"Mando que dende este instante  
Lo casen á uno balde;  
Que envaine el corvo el alcalde  
Y su lista el comendante;  
Que no sea atropellante  
El juez de paz del partido,  
Que á aquel que lo hayen bebido,  
Porque así le dió la gana,  
No le menéen catana  
Que al fin está divertido."

"Mando hoy que soy su eselencia,  
Que el que quiera ser pulpero,  
Se ha de confesar primero  
Para que tenga consencia;  
Porque es cierto, á la evidencia,  
Que hoy naides tiene confianza  
Ni en medida ni en balanza  
Pues todo venden mermao,

Y cuando no es vino agao  
Es yerba con mescolanza."

"Naides tiene que pedir  
Pase, para otro partido;  
Pues libre el hombre ha nacido  
Y ande quiera puede dir.  
Y si es razón permitir  
Que el pueblerio vaya y venga  
Justo es que el gaucho no tenga  
Que dar cuenta á donde vá,  
Sino que con libertá  
Vaya á donde le convenga."

¿A ver si hay una persona  
De las que me han escuchao  
Que diga si he gobernao  
Sin acierto con lo mona?  
Saquenmen una carona  
De mi mesmísimo cuero,  
Si no haría un verdadero  
Gobierno Anastasio el Pollo  
Que hasta mamao es un criollo  
Mas servicial que un yesquero.

Si no me hubiese empinao  
Como me suelo empinar  
La limeta, hasta acabar,  
Lindo la habria acertao.  
Pues lo que hubiero quedao  
Lo mando como un favor  
Al mesmo gobernador  
Que nos manda en el presente,  
A ver si con mi aguardiente  
No gobernaba mejor!

ESTANISLAO DEL CAMPO.

## LOS OBREROS

Bajo la aurora roja que clarea,  
por el camino blanco de la aldea,  
desfilan los obreros en cuadriga...  
resignados y mudos, los colosos,  
dejan colgar los brazos poderosos  
al azar de la marcha y la fatiga...

Tienen perfiles anchos y salientes,  
el cabello les cae sobre las frentes,  
las espaldas son bloques de cantera,  
y cuando están dispersos y distantes  
se recortan al sol como gigantes  
que marchan al asalto de una hoguera.

Ante ellos, entre túneles de neblina,  
alzan las chimeneas de la usina  
sus dos brazos de sangre coagulada,  
y en la amarga tristeza de! paisaje  
aquella oscura muchedumbre en viaje  
parece una gran fuerza maniatada.

Deja tras ella muerto el caserío  
donde tiritan de dolor y frío  
las mujeres, los niños, los ancianos...  
...al obrero que vuelve la cabeza  
se le anegan los ojos de tristeza  
y se le crispan sin querer las manos...

Pero por sobre el ala de amargura  
que cubre como un techo la llanura,  
flota una claridad deslumbradora...  
Es la esperada redención que viene:  
entre las manos, como cetro, tiene  
las fulgurantes llamas de la aurora.

Y la oscura y doliente caravana,  
entonando los cantos de mañana,  
entra á su negra cueva de dolores,  
como una tempestad hecha poeta  
que estallará al final sobre el planeta  
en una colosal lluvia de flores.

MANUEL UGARTE.

**L**a pequeña Evelina no sentía en la obscuridad como otros niños, miedo al Diablo ni a los ladrones; pero temía la obscuridad, porque sabía ya, en su cortísima existencia, cuántas angustias llevan las sombras a los tristes.

¡Y estaba tan negra aquella noche! ¡había tantas nubes en el cielo!... No penetraría, como otras veces, un rayo de luna por los cristales de la ventana.

Por eso, a pesar de la orden dada por la señora de apagar la luz en seguida de acostarse, la humilde vela de sebo, continuaba mucho rato después, alumbrando con su nostálgica llamita, el cuartujo alto en que dormía Evelina.

No era para la niña larga tarea la de *acostarse*. Acomodaba sobre el suelo, como mejor podía, el montón de ropas usadas que le habían dado para que formara su cama; se quitaba los botines, y se echaba sobre ese lecho, muy inferior al de verdes pastos del animal selvático, ó al que fabrica el pájaro, con pajas, hojas y plumas.

Evelina contemplaba la débil luz y suspiraba. Iba a tener que apagarla, porque podía la señora apercibirse de su desobediencia.

Varias veces se incorporó, acercó su carita fleucucha hacia la luz, é hizo con sus labios la actitud de soplar... Pero, no se resolvía, retiraba su carita, suspiraba de nuevo, y seguía contemplando con cariño la lucecita, la pequeña amiga que llevaba un consuelo a su tristeza.

—¡Muchachal; te has dormido con la luz encendida, no? ¡quieres que marme la casa?—gritó la señora desde abajo.

—No señora;—respondió Evelina temblando y apagando con rapidez la luz—no estaba dormida.

—Y qué hacías entonces? ¡canalla!

—Te acostas para no dormir? ¡Pícaro, verás mañana que penitencia voy a darte!

Evelina quedó en la obscuridad, oyendo los pasos de la señora que se alejaba rezagando: *que solamente por caridad, podía uno hacerse cargo de criaturas que servían solo para dar trabajo*. Después oyó Evelina el ruido de una puerta cerrada con brusquedad, después solo los latidos de su corazón.

Evelina ocultó la cara entre los miserables trapos del *lecho*, y lloró, lloró mucho. No por temor a la penitencia prometida; lloró porque se sentía muy sola, muy abandonada, porque nadie la quería, porque no había para ella una caricia, una sonrisa, una mirada bondadosa; porque todos en aquella casa, hasta Maura la cocinera, tenían, derecho a tratarla como a cosa propia y la manejaban a empujones como a un estorbo. Porque sus vestidos estaban siempre sucios, y cuando llegaban visitas, la señora la escondía en algún rincón, para que no la vieran, como se oculta un trasto viejo.

Evelina ya no lloraba, ahora sentía mucho frío.

¡Ah! pensó, siquiera tuviera una cama, como tiene Maura... Maura también es mala conmigo, no quiere que duerma abajo, en su cuarto; allí me parece que no tendría tanto frío...

¡Y a esto le llaman caridad!...—meditó con la dolorosa precocidad de los niños que sufren.—Estoy segura de que la señora no les dice a sus amigas, que duermo en el suelo. No! no se los dice. Lo que les dice—yo lo oí una vez—es que no sirve para nada, porque soy muy chica; que ella se hizo cargo de mí, porque quedé sin padre ni madre, y que a mis dos hermanitos los puso en un asilo. Que mamá era una mujer muy buena, muy trabajadora, que le planchó la ropa durante muchos años. Y, naturalmente, cuando mamá murió, ella sintió mucha lástima por nosotros... Pobrecitos!

La otra señora a quien se lo contaba también se compadeció mucho, pero dijo que yo tenía mucha suerte *al estar en una casa tan buena*.

—Ah, sí, ella está muy bien, contestó la señora, pero me dá mucho trabajo, es una chica muy *destrosada*; por

más vestidos que tenga siempre esta sucia; no sé que hacer; no hay ropa que le dé abasto.

—Ah! las criaturas!... ya se sabe lo que son! dijo la otra, *¿y qué edad tiene?*

—Ocho años. ¡Figúrese usted! ¡qué puede hacer a esa edad!...

Y todo es mentira. Mentira de la señora, repeta Evelina. Todo el día trabajo, y dice que no hago nada...

Ando sucia porque no tengo más que un vestido. Mezcláronse en la imaginación de la infeliz chiquilla, sus infortunios presentes, con los ya pasados, y surgieron de entre las sombras de la noche todas las amarguras de su vida.

Recordó sus miserias pasadas en la pieza del conventillo, cuando su madre estaba enferma.

Vió a esta, moribunda, tal como en la realidad la viera un año antes, en una triste noche, en que la llamo para darle el último beso, mientras sus pequeños hermanitos dormían, ignorantes de dolores y angustias...

¡Pobrecita niña! Sintió frío, mucho frío. Como si las lágrimas que habían corrido de sus ojos, hubieran formado al enfriarse, un lago escarchado.

Tuvo miedo; le pareció que si no se levantaba pronto y se ponía a caminar, no iba a poder mover más su cuerpecito helado.

Las nubes habían huido, y la luna envió un poco de luz al cuartujo de la niña abandonada.

Evelina sintió deseos de acercarse a la ventana para contemplar el cielo. Pero, *¿y si se oían sus pasos de la pieza baja?* De seguro Maura con taria a la señora que se levantaba de noche. Pero no; caminaría en puntas de pie, ¡qué había de sentir! En todo caso creería que era una laucha que arañaba en el techo...

Muy despacio se fue acercando a la ventana. Cuando llegó y arrimó su rostro al vidrio, una nube rezagada cubrió la faz de la luna. Creyó que ésta tampoco la quería, y se le humedecieron los ojos. Quedó con la mirada fija en aquella nube, grande, sombría, y dos lágrimas colgaron de sus largas pestañas. La nube pasó y la luna apareció con su cara afable; la niña sonrió, y sobre su sonrisa triste, cayeron las dos lágrimas.

Miró mucho, mucho rato hacia el cielo. ¡Qué lindas, qué brillantes eran las estrellas!... Había también muchas pequeñitas, cuya pálida luz apenas se notaba. ¡No serían éstas las luces que iluminaban los pobres cuartos de las desventuradas huérfanas, que vivieran, como ella, allá en el cielo? ¡Y no habría alguna gran señora que diera orden de apagarlas?

Sí, sí, decía Evelina. Había una estrella que ya no está; la han apagado. ¡Y las grandes! las grandes no, a ésas no las apagan... deben ser las luces que usan allá los ricos...

Porque dicen que los muertos se van al cielo, y es claro que no han de vivir los ricos juntos con los pobres.

Ay! qué frío tengo, qué sueño tengo! Ay! mis manos, cómo me duelen! se me han lastimado los sabañones, y mañana tempranito tendré que lavar la escalera, el zaguán y los umbrales, con capillo y jabón... y el agua está tan fría, y el jabón me hace arder!... Ah! y mañana tendré penitencia, no me acordaba ya!

¡Qué sueño! me voy a quedar dormida, aquí parada. No, me irá a mi linda cama. Adiós luna!... Adiós estrellas!...

Al mirar a la luna con los ojos semi cerrados, ébrios de sueño, le pareció que dos brazos luminosos se alargaban hacia ella para acariciarla dulcemente.

Tú eres buena, luna. Hasta mañana querida luna. Hasta mañana, estrellas; dijo. Sobre el innoble lecho, encogió mucho su cuerpecito, murmurando: *qué frío!* y se acurrucó bien, se hizo chiquita, hasta no parecer más que otro trapito sucio agredado al montón...



# El 1.º de Mayo en Buenos Aires

## Mi crónica

¿Lamentos? ¿Indignaciones? Ni lo uno ni lo otro. Razón. Tenía que ser así. Por lo demás en todas partes pasa lo mismo. No es verdad, como lo ha expresado la prensa llorona, que en París, en Londres ó en Madrid acontezcan los hechos en forma distinta. Las calles de las grandes villas—París, Londres, Madrid—ya están nombradas, saben más, mucho más que las nuestras de sangre obrera y policiaca derramada en aras de los modernos dioses.

—¡Pobres obreros!

Pues, ya se sabe: los obreros ¡por boca de su vocero, la autoridad delincuente. Y todos nos compadecemos. ¡Tenemos todos almas tan sensibles!...

Pero ¿y quién tuvo la culpa? ¡Ah, cándidos! Pues, ya se sabe: los obreros ¡los pobres obreros! y los vigilantes ¡los pobres vigilantes! Como si dijéramos: todos los pobres...

Y es así.

—¿Una lágrima? ¿Sobre el mar una más? ¡Para qué! ¡No, hermanos! Se llora para ahogar la pena. Nosotros no debemos ahogarla. Al contrario. Avivemos la llaga, hurguemos en ella, con uñas, con garras. Para que grite y se subleve. Lloran los vencidos, los doblegados, los frágiles, los que ya no han de levantar las frentes. ¡Pero nosotros!... ¡De cara al sol siempre; hasta caer triunfantes!

—¿Y ellos? ¡Ay, ellos! Las sombras los envuelven. Sobre sus cuerpos si que hay polvo de derrota. Acordáos: Cánovas del Castillo: Monjuicht.—Humberto I: Los hambrientos de Milán.—Mac-Kinley: Los trust yanquis. Julio A Roca (he de escribirlo sin que me tiemble la mano): Las matanzas de obreros en Buenos Aires el 1.º de Mayo de 1904.

—¿Y ahora?

—Ahora pun...to!

ALBERTO GHIRALDO.

## El cuadro

Las banderas flotan al viento. Son banderas de pueblo y de símbolo. Muchos miles de hombres forman la columna obrera. Los curiosos se apiñan en las calzadas, en los balcones, en las azoteas.

Y en tanto las voces de bronce lanzan las notas de una marcha, elevase vibrante, poderoso, imponente el coro que entona el himno de los trabajadores. La multitud canta y es su acento remedo de trueno, remedo de grito surgido de la misma entraña del mundo.

Fuerza que palpita, energía latente, rumorosa, compacta, interminable, la columna imponente de modernos párias, desfila ante la imbécil maravilla de unos y la simpática sorpresa de otros.

El rojo esplende.

Es el pueblo flameando sus esperanzas. El pueblo cuya frente es nido de pensamientos, cuyas manos son fuentes de existencia.

Y la enorme multitud erociendo siempre, cual si el propio entusiasmo la fuese multiplicando, se desarrolla en desfile interminable.

Y zumba en un clamor el canto omnipotente: «Salud, oh, tiempos anhelados, tiempos de paz y libertad, tiempos de luz á que se arriba despues de siglos de sombra. El porvenir es del ideal, y el ideal es del pueblo. La energía nueva, la libertad, se ha sublevado contra la vieja fuerza, la opresión. El pueblo hace flamear su esperanza. Con la vida entera clama: ¡Redención! ¡Redención!»

¿Pero es que se ha creado jamás un fruto de vida que no haya sido regado con el sudor del pueblo? ¿Qué fruto de libertad podría lograr

este sin ser fecundado por la propia sangre?

La emboscada siniestra, feroz, está lista. Un pretexto. ¿Qué no es pretexto para un fin bastardo? Un tranvía atravesado al paso, un tiro disparado quizá por mano comprada, cualquiera cosa. Hay que desbaratar á toda costa esa demostración de energías listas para un día de cercana justicia. Todo es lícito para los que de lo innoble hacen un medio de vida. Y he aquí el medio encontrado. ¿Qué importa sea este de los más primitivos y crueles? La trahilla amaestrada está pronta. El crimen en jastación aguarda la primera señal. La multitud sin armas es como un león alerrojado ante los colmillos de la jauría. ¿Y quién ha de presumir la fatal señal, cuando ni siquiera el peligro es presentido?

Suenan los tiros, las descargas se suceden. Corre la sangre. La defensa desesperada solo tiene miseros cascotes para oponer á las balas. Hombres, mujeres, niños, yacen sobre las piedras. La obra ha sido consumada. Un puñado de valientes, marcha con el cadáver de un compañero. Pasa como una sombra de horror por la ciudad. Descúbreanse los transeuntes. Es el tributo al miedo que inspira la muerte. ¿Quiénes protestan del crimen? Nadie. Los que callan son cómplices. No obstante hay quienes son más grandes que el peligro. Pruébalo el grupo solemne que rodea al cadáver, el grupo cada vez más compacto y resuelto.

Y algo tan triste como el desdoblamiento del crimen mismo, se desarrolla todavía en la ciudad. Otra manifestación obrera se aleja cantando...

CAMILO DE COUSANDIER.



## TROVA

¡Dolor, agudo dolor  
déjame en paz un momento!  
Si pende este sufrimiento  
de las alas del amor  
reniego del amador  
que el tal amor ensalzara,  
pues sus entrañas quemara  
dolor, agudo dolor.

Licor dulce, alma sedienta  
al beber bebiste en él  
pero es venenosa miel  
la que en su seno fermenta;  
si la fiebre te atormenta  
por siempre te durará  
puesto que bebiste ya  
licor dulce, alma sedienta

Un ansia que nada cura  
su mirada me causó  
y no se fué de mí, no,  
la mirada clara y pura;  
yo stento que mi locura  
alrededor de ella gira  
y sufro al creer que me mira  
un ansia que nada cura.

La flecha que así me hirió  
aun tiembla en la abierta herida  
y me conserva la vida;  
¡con tal saña se clavó!  
cuidado de mí que no  
arrancármela consigo  
pues amo llevar conmigo  
la flecha que así me hirió.

Fuego ardiente, ansia mortal  
aguda flecha, dolor  
que mezclaste tu amargor  
al del néctar celestial;  
¡A qué hacerme tanto mal  
por un delito tan leve?  
¿En qué pequé, si me mueve  
fuego ardiente, ansia mortal?

JULIAN AGUIRRE

## LUCHAS DE HOY

**S**e trata de recompensar debidamente el trabajo? Plantear la cuestión, con ánimo decidido de buscar la verdad y de ser justos, es resolverla.

En efecto ¿qué es el trabajo? Yo respondo sin vacilar: la transformación de la materia operada por el hombre para la satisfacción de nuestras necesidades, y si esta definición os parece demasiado restringida añadiré: para transformar la materia es necesario conocerla, y ahí tenéis el trabajo en concordancia con la ciencia desempeñando una misma función, llenando un mismo objeto. Nuestras necesidades son de distinto genero, segun que se refieren a nuestro sustento y conservación ó á nuestras facultades morales é intelectuales, y ahí tenéis nuevamente á la ciencia acompañada del arte, trabajando tambien y haciendo patente que no solo de pan vive el hombre sinó tambien de la satisfacción de aquella necesidad inmensa que tiene de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero. Y ahora pregunto yo: ¿dar pan, belleza, bondad y verdad á las gentes ha de ser una empresa eternamente dirigida por apolotistas y desempeñada por esclavos, como quieren los economistas conservadores? Tanto valdria como decir que hay una clase de hombres superiores que se salen ó exceden de lo natural para erigirse en amos y directores, y otra tan in-

fima, desgraciada y misera que se queda por debajo y vive para desarrollar por obediencia fuerza material é intelectual, y así, entre empresarios, consumidores satisfechos y siervos del terruño ó de la fábrica, dividiríamos la humanidad en tres clases enemigas, separadas tan profundamente como las castas indias, rompiendo aquella hermosa concepción que hace de todos los hombres un conjunto solidario de seres que no se interrumpe por las distancias ni por la sucesión de los siglos. Y si criterio tan torpemente cerrado no prevalece, como no puede prevalecer porque el progreso lo destruye ¡hemos de contentarnos con mejoras relativas y mequinas que ofusquen la intangible majestad del derecho con las ruines concesiones de la caridad, que aceptan aquí los que quieren pasar por radicales? No; al trabajo no puede ponerse precio, como no puede ponerse tasa á la necesidad, y si por desgracia se hace es porque antes se cometió otro mal fundamental, cual es apropiarse unos cuantos lo que es de todos, y apoderarse de los medios de saber y de los de producir, dándose á esa iniquidad sanción legal y dedicando á su defensa esa fuerza coercitiva de que dispone el Estado, que fué siempre enemiga jurada del verdadero derecho.

SERRANO Y OTEIZA

## CRISTO Y EL CURA

Cristo nació pobre y murió pobre. El cura nace pobre y muere rico.

Cristo ha dicho que todos los hombres son hijos iguales de Dios. El cura dice que algunos tienen derecho de ser dueños y otros el deber de ser siervos.

Cristo quería que le siguiera quien no tuviese dinero. El cura quiere que le siga el que tiene y le da.

Cristo instruye á la plebe. El cura quiere la ignorancia. Cristo amaba á los niños para educarlos. El cura los acaricia para explotarlos y corromperlos.

Cristo enseñaba la religion del amor: El cura impuso la fé con la guerra, la prisión, la tortura y la hoguera.

Cristo recomendaba el buen ejemplo. El cura enseña con el escándalo.

Cristo arrojó á los mercaderes del templo. El cura es peor que el negociante porque toma todo y no da nada.

Cristo lloró en el huerto. El cura ríe en la iglesia.

Cristo andaba descalzo. El cura lleva zapatos de charol con hebillas de oro.

Cristo bebió vinagre y hiel. El cura bebe vinos espumantes.

Cristo llevó la cruz. El cura la hace llevar á los pobres.

Cristo murió crucificado por la redención de los pobres y los humil'des. El cura tolera y sostiene fusiles y cañones contra los esclavos del trabajo.

# SOBRE LAS RUINAS ...

(Drama en cuatro actos. Fragmento del acto primero)

MARTIN—(a Garcia)—¡Habló a mi tío?

GARCIA—Sí, pues.

MARTIN—¿Con resultado?

GARCIA—Sináplismos a una pata de palo, como vulgarmente se dice. El hombre no quiere ablandarse, y es inútil insistir.

MARTIN—Pero, había que tentar el último esfuerzo para su bien y el de los suyos. ¡En fin! Hemos hecho cuanto hemos podido, ¡y ahora Dios dirá!

GARCIA—Los viejos creen que dando paso al progreso y rompiendo con sus antiguas costumbres se labran su propia sepultura. Y la rutina...

MARTIN—¡Oh, amigo Garcia! Dejemos que los viejos acaben en paz su carrera! Ellos nos han dejado el campo libre de estorbos...

GARCIA—No lo ponga en duda; quizá pensemos lo mismo sin advertirlo.

MARTIN—¿Cómo?

GARCIA—Los viejos de que yo hablo son los que se oponen con su fuerza de inertia a la rápida marcha ascendente del progreso: unos porque lo desconocen, otros porque les incomoda variar, otros porque son conservadores en el sentido mezquino de la palabra, y odian cuanto puede significar un cambio que los descalificará o disminuirá... Para ellos las cosas siguen como hace un cuarto de siglo, o deben seguir así. No han mirado sino como cosa pasajera, como capricho de moda, la transformación operada en todas partes. Ni siquiera han advertido que los gortiones extranjeros han ahuyentado al chingolo criollo. Están ajenos a los procedimientos nuevos, y miran con desdén a los que dan mate cocido a sus peones para que no holgazaneen en el fogón.

MARTIN—¡Oh! ¡Me explico esa resistencia! Diríase que es algo de la nacional persecuida por todos lados y que no quiere ceder el campo sin lucha. Observe que los más retardatarios son los más genuinamente criollos.

GARCIA—Su tío...

MARTIN—Mi tío, por ejemplo.

GARCIA—Pero usted y tantos otros que progresan, ¿no son acaso criollos, aunque transformados?

MARTIN—¿Transformados!

GARCIA—Los otros, inmóviles, se alejan cada vez más del nuevo tipo. No son hijos del país sino de su historia... Anacronismos, reliquias... Casi tanto valdría ser exóticos... Y nos causan enorme perjuicio!

MARTIN—¡Bah! No exageremos, amigo mío. Quieren conservar lo que han hecho tal como lo hicieron. Sus esfuerzos son vituperables desde el punto de vista abstracto, y para los que añoran el progreso indefinido y vertiginoso. ¡Pero son tan humanos!... ¡No le parecería a usted egoísmo obligarlos a presenciar y facilitar la demolición de cuanto ellos mismos construyeron juzgando entonces que era lo mejor?

GARCIA—Pero contagian a las generaciones jóvenes. Mire usted a Juan, su primo...

MARTIN—Excepciones. Fenómenos transitorios.

GARCIA—La marcha de la sociedad tiene exigencias que parecen crueles, pero que son benéficas para la mayoría, y fatales, ineludibles además. Ahora, el gaucho es un elemento inerte, y por lo tanto inútil y embarazoso. Tiene que desaparecer y desaparecerá.

MARTIN—¿Cómo?

GARCIA—Por degeneración que es muerte, y por absorción, que es transformación.

MARTIN—Habría que averiguar todavía, después de eso, si nuestro mundo no tardará demasiado en ser feliz.

GARCIA—¡Oh! Si hablamos de felicidad... cuestión tan relativa...

MARTIN—Y si no se ha de ser más feliz, ¿para qué perder el carácter, el sello nacional, no digo solo hasta el lógico punto de acoger el progreso y fomentarlo, sino hasta el de condenar tranquilamente a muerte al gaucho, sin una palpitación, sin una lágrima?...

GARCIA—Porque el progreso dice: el que no está radicalmente conmigo está contra mí, y castiga a los tibios.

MARTIN—Según eso habría que renegar de todo lo atraído, aunque fuera querido, so pena de sufrir.

GARCIA—¡Casi puede considerarse ley.

MARTIN—¡Bah! entonces... yo me quedo con los míos, porque no quiero ser fanático, ni aún del progreso!

LEONOR—(que ha escuchado esta última parte del diálogo). Así me gusta oírte hablar, no cuando criticas su apatía y vituperas amargamente su ignorancia, tan natural.

GARCIA—Sí, esos sentimientos son muy elevados, muy dignos de ustedes, pero el hecho es, lo repito, que no se ponen impunemente barreras al progreso, ni aún en nombre del sentimentalismo. ¡Es tan peligroso! De repente, los que se oponen a su marcha, aunque sea indirectamente, son arrollados por él, como los aguaciles, cuando tratan de volar contra el viento.

LEONOR—Sin embargo, ¡hay tantos que merecen simpatía, porque "están en su ley", como ellos dicen! Qué mal me parece, siempre que Martin disminuye a los suyos... a los nuestros!

MARTIN—Y efectivamente hago mal, porque ellos no tienen la culpa. Juan, por ejemplo, nació, ha vivido y vive en medio de esta rudeza: su alma primitiva no ha recibido otro sello que el de los hombres y las cosas que lo rodean. Las circunstancias lo dejaron siendo el "gaucho", valiente, sobrio, generoso, sufrido, fatalista, en cuyo cerebro no caben más que algunas ideas sencillas, rudimentales, pero cuyo corazón, en cambio, es apto para sentimientos profundos, sin complicación ni doblez: el corazón de mitío...

LEONOR—¡Ah, así es. (Vuelve a la mesa).  
MARTIN—Cuando yo nací, años más tarde, mi padre se hallaba en buena posición, y accediendo a las súplicas de mi madre, me mandó a la escuela primero, a Buenos Aires después...

GARCIA—Al Colegio Nacional?

MARTIN—No. A la Escuela de Agronomía y Veterinaria. Allí aprendí, sobretodo, a investigar, informarme, meditar: la curiosidad y sus aplicaciones. Esto lo he contagiado a Leonor. Ya somos, por eso, distintos de los otros. Pero, ¿lo seríamos espontáneamente?

GARCIA—Quizá. Porque los otros no aman el progreso ni son curiosos, y cedenes sí.

MARTIN—Lo amamos porque ya lo comprendemos ó creemos comprenderlo, y nuestra curiosidad es ó puede ser provocada, artificial... Cuantas veces al recorrer el campo de Fernández, que fué nuestro, me sorprende vivo el recuerdo de lo que era antes, en mi niñez, con sus caldenes y sus talas llenos de nidos, y echo de menos instintiva y dolorosamente lo que fué, lo que pasó: el rancho descalabrado de los pobres puesteros, los gauchos amigos que me paseaban en ancas por allí, los espartillares poblados de pájaros, los fachinales con sus gatitos, y hasta las mismas viccacheras con sus centinelas las lechuzas... ¡Oh! el pasado, a pesar de todo, tiene una grande, una poderosísima poesía, que impera en las almas más ingenuas, y que no se desvanece ni para los espíritus más elevados.

GARCIA—Pero sobre él se alza el presente.

MARTIN—¿Deja de haber existido? Algunas veces me da pena considerarlo definitivamente muerto; y al ver aún a los hombres de otras épocas, en medio de cosas tan distintas, siento compasión por ellos y me pregunto... si no sería mejor esperar un poco más, antes de dar con todo en tierra... aguardar a que se marchen, como el hombre bien educado, cuando tiene que corregir algo que otro ha hecho y no quiere herirlo ni mortificarlo...

GARCIA—Eso sería detenerse. En todas las épocas hay hombres de otra época.

MARTIN—Es evidente. Pero aquí se trata de los fundadores...

GARCIA—Y el porvenir empuja con tanta prisa!

MARTIN—Sí, es verdad. En todas las formas, bajo todos los aspectos... No hay en nosotros aspiración material, ni sentimental siquiera, en que no esté latente por lo menos, el empuje del porvenir, un ansia instintiva de progreso y de ascensión.

GARCIA—(algo preocupado) En lo sentimental también, dice usted?

MARTIN—Generalmente sí, a mi juicio. Siempre se mira hacia arriba...

GARCIA—(como celoso) No comprendo muy bien... pero, en fin... (sonriendo con cierta intención) Lo malo es que a veces el pasado nos envuelve de tal manera, nos ata tan estrechamente, que es inútil mirar así, hacia arriba... El círculo es de hierro, no se puede romper... y hay que bajar de nuevo, y tenemos que contentarnos con lo que nos rodea.

MARTIN—(pensativo) Si... es posible...

GARCIA—¿O he visto tantas veces! Hay momentos, hay períodos enteros, y sobre todo hay individualidades para quienes el pasado se impone al presente, y lo borra, y lo suprime...

MARTIN—Y en esos casos...

GARCIA—Hay que esperar a que esta forma del pasado, —porque es una forma, una apariencia, aunque formidable y poderosa,—se desplome por fin, conservando, entre tanto latentes, las aspiraciones y los empujes, como los conserva la semilla que tarda en caer sobre la tierra. Y luego... se edifica sobre las ruinas...

MARTIN—Tristes deben ser esos períodos de inmovilidad mientras llega la hora de construir!

GARCIA—Tristes y amargos. Pero... el pasado... el pasado... el presente... ¡bah! ¡quién puede hacer más que vagas conjeturas, quién puede andar sino a tientas? ¡Lástima los detenidos a pesar suyo!

MARTIN—(pensativo) A pesar suyo... (Pausa. Luego, como quien toma una resolución, a D. Pedro) Tío! es preciso que haga un esfuerzo para seguir la marcha de los demás, el progreso! Resúlvase por los desahagos... Mire que ya no se puede quedar en el camino, sin sufrir...



**E**N ese momento apagaban los focos eléctricos que vigilan los cuatro templos del oro de la esquina de Bartolomé Mitre y Reconquista, esas cuatro panzas de piedra de la sociedad moderna.

El policial procuraba despertar con la punta de su bota á un obrero anciano que roncaba como un sochantre, tirado á modo de reproche palpitante á lo largo del dintel de marmol de uno de los Bancos.

Mucha debió ser la fatiga que allí lo desplomó, porque su sueño era profundo. Su boca ¡no! su jeta resoplaba sobre el polvo del pulido pavimento de su frente vendada con mechones de canas había adaptado sus arrugas á las molduras doradas de la puerta.

La mancha negra del policial que daba al mendigo puntapiés en la espalda, no mengua sino realce daba á la solemnidad del cuadro. ¿El viejo obrero no era acaso en aquel momento un soberano?

Así deben dormir los autócratas: bajo un dosel de onix floreciendo en frisos; y cerca, muy cerca de sus grandes tesoros. Sólo que cuando alguien se atreve á despertarlos de su real sueño, no es con la suela del zapato y la grosería del corchete, sino con la hoja fina del acero ó el *hi d. p.* del explosivo.

De manera que el viejo obrero era tan solo un soberano *in partibus*. Su imperio estaba ubicado todavía en el ensueño.

**Primero:** Porque aquella plancha de mármol no era precisamente el lecho mullido donde se engendran los cachorros del trono.

**Segundo:** Porque ese vigilante criollo no era un almirarado y zalamero chambelán.

**Tercero:** Porque en esos frisos de los capiteles no lucían sus armas heráldicas, sino las vidas de sus compañeros mordidas por el cincel.

**Cuarto:** Porque esos montones de oro que yacían á pocos pasos, no eran suyos ni de los que los habían sudado.

**Quinto:** Porque esos andrajos que gesticulaban en su cuerpo, no eran sus reales púrpuras, que esas flotaban encendidas en lo más hondo de su espíritu.

**Sexta:** Porque dicen que los soberanos tienen con que deshayunarse, y él iba á pasearse todo ese día y muchos otros sin comer, y

**Séptimo:** Porque los banqueros besan los pies al soberano, y él tendría que ser pateado por los banqueros si no huía muy pronto al arrabal.

Con todo, el pobre diablo no pensaba por ese instante en aquellas circunstancias, pues seguía inmóvil y sereno, casi compenetrado con el bloque de onix, como la mueca de una roca dantesca, ó como un crispado mármol de Rodin. Y sin embargo, todo indicaba que ya debía despertar á su miserable realidad:

**Primero:** Porque los caballeros regresaban de los clubs á sus palacios y escándalo inmoral hubiera sido que á esa hora se encontrasen en una calle central con un hombre harapiento.

**Segundo:** Por que la campana católica ya se bamboleaba en las torres, hurgando con su lengua adúladora los deleites desviados de la lujuria espiritual, lamiendo la purulencia moral de los creyentes, cantando al aire de oro el delirio de las panzas monacales, y chillando anatemas contra los renegados.

**Tercero:** Por que el cobre insolente de los cuarteles adulteraba con su onda de falsedad el oro aéreo de la mañana, y el edoble de los tambores éncrespaba la brisa matutina con un oleaje de rencor y vibraba en las carnes como un soplo trémulo de muerte.

**Cuarto:** Porque el clamor agudo de las fábricas clavaba sus agujas invisibles en la dormida carne de taller, y el respláido de las sirena azotaba los párpados de los trabajadores como brisa de fuego.

**Quinto:** Porque ya los huesos atormentados traqueaban al ponerse de punta y la hembra dejaba los brazos del obrero con un quejido como bestia adolorida, y

**Sexto:** y más poderoso motivo: Porque el rechinar del carro de la basura ya anunciaba para él su más hermoso, su postrer, su único, su fétido mundo de esperanzas! ...

Al fin abrió los ojos ante la silueta negra de su eterno buitre, se hundió la gorra entre un nimbo de canas grasicentas, se incorporó quejándose como buey de carga aguijoneado, y tomó bamboleante el camino de los Corrales, refunfuñando cara á cara al sol algo recóndito, é interrogando con mirada de Juez al innoble atentado de rosa de la Aduana.

Cuando seguí en dirección á mi hotel, noté que todo aquel cuadro: el Banco, el polizone y el anciano: Capital, Autoridad y Trabajo, formaba en el séptimo plano de mi imaginación tres puntos negros en triángulo. Y por asociación de ideas geométricas,

vi algo como relampagueos de retángulos, y majestuosos vuelos de parábolas, y serpientes mordiendo-se las colas; y allá en último término, más allá de bermejós y giratorios círculos de muerte, una nebulosa blanquecina, ceñida como por guirnaldas de rosas, ajustada por el círculo supremo de la vida, por un anillo radiante y todo incrustado de soles y de auroras en torno...!



EDUARDO TALERO.

## LOS HIJOS DEL MUERTO

Los clarines, en aquel día claro y luciente, con perspectivas azules en el cielo y mucha luz en la tierra, estallaron con modulaciones cadenciosas, algo así como una armonía triste y extraña en medio de la alegría de la naturaleza.

La muchedumbre, llena de curiosidad, ansiosa del espectáculo y del brillo de las armas, de las notas de la música, de las galas de los caballeros graves y pausados, se arremolinó estrujándose y formó calle frente al palacio del poderoso, que acababa de morir y que iban a enterrar con la pompa vana y pueril del último viaje hacia el camposanto.

Las tropas, como alineadas á cordel, con los aceros de las bayonetas y el níquel de las espadas heridas vivamente por el sol, agudaban la marcha del cortejo, indiferentes y frías ante el dolor oficial que se les había decretado.

—¡Oh, y era muy rico!

—¡Diez millones!

—Y deja veinte mil pesos para las iglesias, treinta mil para un convento, sesenta mil para un club político, que llevará su apellido y colocará su retrato en el salón de sesiones.

—¿Y el resto?

—Pasa á un usurero, su socio; pues no tenía parientes...  
—Negociaba con el estado. Era del partido del gobierno. Sostuvo todos los atropellos y todos los escándalos.  
—Se decía amigo de los obreros.

—Amigo! De explotación! Ni un centavo. Pura boca. Prestigiaba el machete.

—¿Y entonces?

—Flores de trapo. Era el primer uncido al yugo. Lo que tocaba se corrompía.

—Este aparato!...

—Oropel y mentira, como el cadáver que van á entregar á los gusanos de la tierra! Vivimos de reflejo y de engaño.

—Lo que desaparece no ha sido más que aborto del materialismo sensual que nos domina.

Por el metal dió el honor, esa perla que hace enrojecer á los hombres.

\*

Sacaron el féretro negro y brillante, con manijas de oro.

Los caballos del coche, con plumas blancas, piafaban, y arrancaron como deseos de terminar la comisión. Los batallones redoblaron, las bandas entonaron marchas fulminantes, y el cortejo, ostentoso y ridículo, cruzó la ciudad bulliciosa y risueña.

Las gentes se asomaban, contaban las coronas, los carruajes, se embriagaban en comentarios y al pasar el muerto, decían:

—Diez millones!

Era cierto. No se enterraba un hombre, sino que se cortejaban millones que bailaban danzas macabras en los aires, como evocados por la imaginación popular.

Y ni una lágrima de recuerdo!

\*

En la iglesia, los sacerdotes, con voz cavernosa, desgarrada y de encargo, dieron el adiós conventido.

Delante del sepulcro la concurrencia se apiñó.

—La última farsa: los discursos.

—Ese habla de virtudes, de honradeces, de abnegaciones.

—El no oye.

—Y si oyes, aplaudiría.

\*

Los dos amigos se retiraban, cuando del ángulo de una estrecha calle del cementerio, divisaron á una mujer, llorosa y pobre, con dos niños, casi harapientos. Sollozaba con amargura.

—¿Qué la aflige, señora?

—¡Ah, señora! ¡Mis hijos!

—Bueno, ¿pero qué?

—¡Hijos de él, del que enterraron!

—¿De X?

—¡Sí! ¡Me engaño y me abandonó con estos desgraciados!

Mientras, á lo lejos, se oían palabras sueltas:

—“Virtudes, cariños, abnegaciones...”

MANUEL MARÍA OLIVER.

## UN PILLUELO PARIENSENSE

¡Qué frío tan espantoso! El Sena estaba helado y había por las calles una cuarta de nieve endurecida. Necesité hacer un gran esfuerzo de voluntad para dejar el confortable gabinete de mi buen amigo Lapuya y lanzarme *Avenue du Maine* arriba, con una temperatura de diecinueve grados bajo cero.

Atravesaba esta avenida un puente que da paso al ferrocarril de Versalles y el previsor municipio de París había interceptado uno de sus ojos con vallas de tablas bien unidas, formando el ojo del puente, así cerrado por sus extremos, una habitación de unos diez metros de largo, resguardada de la nieve y del viento. Del techo abovedado pendía una enorme jaula de hierro, llena de brasas, bien encendidas de carbón de piedra.

Un brasero público para los pobres.

¡Qué tristán estaba París con su nieve, y qué melancolía más cargante se iba apoderando de mí! Sin querer, comencé á recordar un artículo que había leído por la mañana, en el que pedía Copéé caridad para los niños que no tenían en aquellos días tan crudos ni hogar ni fuego. ¡Qué pensamientos lentos había de inspirar semejante noticia!

Después de un cuarto de hora de marcha, hecho un carámbano, tirando como un sazo rogado, la luz roja del brasero, que se reflejaba en la bóveda del puente, me atrajo y entré á darme un calentón en tanto que me fumaba un cigarrillo.

Alumbraba aquella estancia un farol, á más de los resplandores de la lumbre; estaba cubierto el piso con paja seca y me encontré allí con un guardia de la paz, que sentado en un banquillo roncaba á más y mejor; un vejete que también dormía y un desarrapado muchachuelo, de unos doce años, que, las manos cruzadas á la espalda, se paseaba con pasos cortos y lentos, como quien se resigna á pasar una mala noche y está dispuesto á aburrirse, sin protestar de su suerte.

Mi entrada no despertó á los durmientes; pero el chicuelo que debía tener deseos de charla, se dirigió á mí, y acompañando las palabras con gestos picarescos, y guiños expresivos, me dijo: “¿Qué frío hace! ¿eh?” y continuó sus paseos como un peripatético sumido en profundas meditaciones.

Después, como quién toma una resolución heroica, se paró delante de mí para decirme: “¡Hombre! ¿me hace usted el favor de darme un cigarrillo? No he fumado en todo el día. Con este tiempo tan perro no se pueden aprovechar las colillas, porque están llenas de barro. Le he pedido tres veces á ese animal—señalando al guardia—un poco de tabaco y me ha contestado con tres gruñidos.”

Le di un cigarrillo, que encendió en los hierros del brasero y después de dar una chupada, poniendo los labios como quien va á dar un beso, lanzó con gran delectación

un hilillo de humo, que tardó algunos segundos en salir de su boca. Volvió á fumar, echó la cabeza hacia atrás, arrojó al espacio otro hilillo de humo y me dijo con tono sentencioso: “Esta vida es una porquería!”

—¿Tan mala es la vida para tí?—le pregunté.

—¡Pues ya lo creo! Como que trabajo más que un negro y nunca tengo *quitas*.

—¿Qué oficio tienes?

—Oficio ninguno. Por la mañana vendo *El Intransigente* á la hora del almuerzo canto canciones en las tabernas, por la tarde voy á los boulevares á lo que salga y por las noches abro las portezuelas de los coches á la entrada de los teatros. En el verano duermo en los fosos de las murallas; pero con este tiempo tan indecente, no va uno á tener más remedio que poner casa... con sus muebles y todo.

—Y en estas noches de tanto frío, ¿qué haces?

Afectó una cómica gravedad, ahuecó la voz y me costoseó: “¿Qué que hago en estas noches de frío? Pnes me hago sabio.”

—¡Hombre!

—Sí, señor; asisto á todos los cursos nocturnos en que hay buena estufa. El que más me gusta es el curso de griego del liceo Buffón. Me siento en los últimos bancos y me quedo dormido como un bendito, porque el griego *arrulla*.

Saqué unos cigarrillos y se los ofrecí acompañándolos con un franco en plata. Quedó el pilluelo sorprendido y al tender la mano, me dirigió una mirada que quería decir: “¿Pero se ha vuelto usted loco?”

Luego, después de reflexionar un momento y habiendo conocido por mi acento que yo era extranjero, me preguntó—¿Usted es ruso, ¿verdad?

—Sí, hombre, sí, del mismo Moscov.

—¡Ya lo decía yo! Debe andar por allí el oro como por aquí el barro.

Y ya no debió considerar la vida como una porquería, porque comenzó á dar saltos y hacer piruetas, echando al diablo su gravedad y su aburrimiento.

Se cuadró delante de mí, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Viva Rusia!—y antes que el guardia despectante salió corriendo por entre la nieve, calle abajo, sin cesar en sus gritos:—¡Vivan los rusos! ¡Viva Rusia!

.....

¡Adiós melancolía! ¡Adiós artículo de Copéé!

Aquel granjilla, aquella criatura desamparada, aquel gran desheredado, ahuyentó mis tristezas, y ahora en estas noches de niebla y frío, al acordarme del oyente de griego del liceo Buffón, me retoza la risa por todo el cuerpo.

RICARDO FUENTE.

## CUADROS

**E**stoy en el campo de uno de mis colonos favoritos: es un gigante rubio, grueso, lampiño, bondadoso como un niño y apenas tiene veinticinco años. El muy ducho ha levantado su choza en el espinazo de una cuchilla, y como de una azotea, veo arar en el vallado á otro colono, los animales de trabajo de las charras encaminarse á los raigones de los arroyos, los ranchos sumidos, con su techo de paja quemada por las heladas y el sol, y las aves hendiendo el aire. Las ráfagas pasan vivificando los pulmones, y pienso que el desierto, cuando puede ser contemplado de tan alto, es más grande y solemne que la montaña y el mar. Busco un sitio donde descansar. ¡Nada de sillas! Me sentaré en la ciudad, y me echo sobre un motón de chala en una enramada de junco, y donde me viene riquísimo olor á bosta de oveja y leche de vaca. ¡Cómo no!; tengo un corralito á veinte varas, y una tampera, atada al portal, acaba de ser ordeñada, perfumando el ambiente con su espuma. ¡Qué exquisita fragancia: ¡mejor que la que dejan las señoritas al pasar en la calle de la Florida!

El marido ha desensillado, y teje unos tientos en el palenque; la mujer, descalza, con la pollera arremangada y dejando ver unas formidables pantorrillas, amasa en la cocina; los chicuelos juegan bajo el corredor; una cotorra habla en los barrotes de la ventana y varios pájaros enjaulados cantan. Todos están rojos, brillantes de salud y alegría. Me convidan con leche, queso, pan, agua, caña, jamon, embutidos, melones, porque todo tienen, y no acepto nada. Sólo anhelo des-

cansar,—lo que ellos, los animales y las aves hacen después del trabajo, cuando no juegan, se acarician y se aman.

Todo es pequeño, pero tienen lo necesario. Conversan, rien y respiran bondad. Principian por ignorar quien sea el Presidente de la República y el Gobernador de la Provincia; sólo de oídas conocen á Buenos Aires, Paraná, Uruguay, y les tienen, sin haberlas visto nunca, un horror instintivo. Sólo han pisado el campo, á él únicamente lo aman y creen que las ciudades son un infierno. No irían á poblarlas aunque les ofreciesen el poder y la fortuna, ni cambiarían su rancho por un palacio. ¡Pero esta es la felicidad!—me digo. Si, porque se basa en la salud, y ésta, á su vez, en el trabajo, el descanso, el aire y la vida higiénica. Deduzco: para la riqueza, la ciudad,— para la felicidad, el campo; ¡pero yo no soy rico!; apenas sólo unos cuantos, y respecto al poder, domina una aristocracia bien reducida, siendo los demás, tódos, una tropa de esclavos condenada al trabajo para pagar impuestos. Elejido, porque aquí es imposible la conciliación; nos quedamos con la ciudad, que no es sino un hormiguero en un monton de casas,— y yo mismo, en este instante, soy una prueba de su perjuicio: echado, no puedo descansar,—porque, en el dualismo de la existencia, he envenenado mi alma, á pesar de haber demostrado más apego al trabajo independiente que á las ambiciones efímeras.

Ni los reyes, aunque tengan salud, son felices en las ciudades. Las preocupaciones, los sueños, desgastan y producen la dispepsia y la melancolia

¡Ya está el hombre enfermo para siempre! Viene recién entonces al campo como un remedio. ¡Con razon los gauchos se rien de nosotros, porque sólo nos ven enfermos! ¡Los placeres urbanos: ¡la sociabilidad, los teatros, el pensamiento, el amor! ¡Y el alba, la aurora, la salida del sol, la música del viento,— los alaridos del desierto, que aullan, en la noche callada, como malon de indios,— los astros en los firmamentos aterciopelados,— la luna surcando el cielo iluminado,— el olor á trébol, á graminea, que henchen el corazón, y el descanso, el sueño, que aseguran la salud? En el campo, el amor es más puro, más salvaje, y el silencio solemne favorece el pensamiento; sin embargo, nadie lo busca sino enfermo. Nadie busca la salud y la felicidad, porque son cosas reales: ¡tódos prefieren ir tras los fantasmas de sus cerebros, trás de los relámpagos que no se cojen nunca! ¡Estos son los ideales! ¡Con razon la consabida vieja, para resolver el problema de la vida, proponía que se hicieran las ciudades en el campo!...

ARTURO REYNAL O'CONNOR.



CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

# BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

DE

## LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT

y CERVECERIA

SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

### Rocca y Martinelli

MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

GRAN SURTIDO PERMANENTE

DE MUEBLES DE TODAS CLASES

Corrientes, 990 Buenos Aires

### Ghirardo & Cia.

EXPORTADORES DE HARINAS  
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS

Calle SAN MARTIN, 253

BUENOS AIRES

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

## A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida)

COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

BUENOS AIRES

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

Nección inauguradas las Secciones de  
CAMISERÍA-BOFETERÍA-CORBATAS

LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE  
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO

CATÁLOGO GRATIS

### "El Malacara" \* Almacén y Fiambrería

de Juan Vismara

Calle SERRANO, 102 esq. MUÑECAS  
BUENOS AIRES

FOTOGRAFIA

## REFFO

Defensa 861- Buenos Aires



### ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca-o no la música

\$ 90 CON PIEZAS  
É INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - CÍTARAS

Se reciben suscripciones a los periódicos quincenales "IL  
MANDOLINISTA" é "IL PIANO FORTE, de Turin.

PESOS 2.50 POR AÑO

Casa TONINI FLORIDA 470